

JESÚS MAESO DE LA TORRE

AL GAZAL,
EL
VIAJERO
DE LOS DOS
ORIENTES



HarperBolsillo

JESÚS MAESO DE LA TORRE

AL GAZAL,
EL
VIAJERO
DE LOS DOS
ORIENTES

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Al Gazal, el viajero de los dos Orientes
© Jesús Maeso de la Torre, 2000, 2022
Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria
© 2022, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.
Publicado por HarperCollins Ibérica, S.A., Madrid, España.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Ibérica, S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Calderónstudio® a partir de fragmentos de las obras *Caza de garzas* de Eugène Fromentin (1865) y *Hagia Sofia* de Louis Haghe (1852)

ISBN: 978-84-18623-54-7

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos

Prólogo la visita del mercader Solimán Qasim

La carta de Al Gazal

Parte primera. Alándalus, Córdoba, 839 d. C.

Capítulo I. Masrur, el esclavo

Capítulo II. El zoco de los libreros

Capítulo III. El collar del dragón

Capítulo IV. La sentencia de Abderramán

Capítulo V. La Jirka de la piedra negra

Capítulo VI. El trono de Dios

Capítulo VII. Una embajada inesperada

Capítulo VIII. Yayyán, el paso de las caravanas

Capítulo IX. La gruta de los prodigios

Capítulo X. Confidencias en el Alcázar

Parte segunda. Bizancio y el país de los normandos (años 840 - 844 d. C.)

Capítulo XI. El pirata de Creta

Capítulo XII. Hacia la luz de Oriente

Capítulo XIII. Augoustai

Capítulo XIV. El querubín de las doce alas

Capítulo XV. Los adoradores del fuego

Capítulo XVI. Saetas de venganza

Capítulo XVII. En el país de Dane

Capítulo XVIII. Haithabu

Capítulo XIX. El cuerno de oro

Capítulo XX. El Juramento

Capítulo XXI. Rosa de la aurora

Capítulo XXII. Zandaka

Epílogo. Córdoba

El retorno

La revelación

Yahía ben al Hakán, denominado por sus contemporáneos como Al Gazal, la Gacela, por su varonil belleza, gozó del favor y la amistad de tres emires de Córdoba. Vivió en el siglo III de la hégira (IX de la era cristiana) y perteneció a la tribu de los Banu Beckar ben Wail, de Yayyán. Alcanzó la fama como embajador de Abderramán II, viajando a las cortes de Oriente y Occidente, y fue esclarecido en todo el Alándalus por su valor guerrero, dotes poéticas y sabiduría en la astronomía y la alquimia.

Aben Hayán, del *Almokatabis*, siglo XI d. C.

PRÓLOGO

LA VISITA DEL MERCADER SOLIMÁN QASIM

Una mañana del mes de *yumada* cargada de rumores perezosos, un mercader recién llegado de Occidente envió a un esclavo a una vivienda de las afueras de Bagdad, en el fondeadero del Tigris, con un mensaje dirigido al morador de la mansión, del que no debía aguardar contestación.

Los rasgos del escribano se expresaban en estos enigmáticos términos:

Al noble Al Gazal, a quien el Misericordioso prolongue sus días. Salam. He arribado a Bagdad hace solo unas horas, adelantando en unas semanas el arribo de la caravana de Tahart. Hemos de entrevistarnos sin dilación, pues soy portador de trascendentales y recientes sucesos acaecidos en Córdoba que pueden mudar tu situación de destierro. Antes de la oración, iré a visitarte. Prepara un néctar perfumado de Rayya,[\[1\]](#) y oirás de mi boca sorprendentes nuevas.

Que Alá el Oculto sea exaltado.

Tu perseverante amigo, Solimán Qasim.

21 de yumada al Qulá

12 de noviembre de 852 d. C.

Al crepúsculo, bajo la frondosidad de una higuera centenaria, un hombre de expresión dubitativa releía la esquila del comerciante, aguardando impaciente la visita anunciada, mientras contemplaba el minarete de la Yami' al Qasr, la mezquita del palacio. Vestía una túnica de lana que caía sobre las rodillas y se cubría la cabeza con un turbante que ocultaba sus canos cabellos. Su figura emanaba un halo de afable respetabilidad, acentuada por unos ojos seductores, en otro tiempo, de un sinfín de mujeres creyentes y paganas. Aunque su espíritu había sucumbido a muchas desdichas, aún conservaba la arrogancia de su porte. En sus armoniosas facciones, ahora surcadas de arrugas, sobresalían una nariz griega, una boca sensual y una barba nívea y cuidada, cómplice de unos hoyuelos fascinadores.

Una claridad cárdena rodeaba el entorno, y la calidez se propalaba por la atmósfera, creando una sensación empalagosa. En la espera, el viento de la tarde acarreaba las calinosas brisas del desierto, meciendo las ramas de las palmeras datileras. A veces una ráfaga espaciada sacudía las cortinas y deshacía los borbotones del surtidor.

Yahía ben al Hakán, Al Gazal, dejó el rugoso aviso sobre un libro de astrología y tomó unos sorbos de nébeda, recetada por su médico de Córdoba, antes de partir para el exilio bagdalí, para combatir sus ataques de asma. El astrónomo había figurado entre los personajes más influyentes de la corte andalusí y podía vanagloriarse de haber gozado de la amistad de tres soberanos de Alándalus, así co- mo de haber sido asiduo a sus tertulias poéticas. Se enorgullecía de pertenecer a la *jasa*, la aristocracia andalusí, y al noble linaje de los *yunds* de Damasco, guerreros asentados en la corá de Yayyán,[\[2\]](#) y su ingenio, y sobre todo una innata afabilidad, elegancia y don de gentes, habían hecho que el refinado Abderramán II lo designara como su embajador en las cancillerías del mundo. Pero su espíritu independiente, y la amistad con el

omeya, le habían granjeado la hostilidad de cuatro enemigos poderosos que mudaron en su contra el corazón del Príncipe de los Creyentes. «Corrompido puñado de bastardos», se decía a menudo.

Entre los más enconados se hallaban el músico Ziryab, favorito del emir, y blanco de sátiras por las mudanzas de las tradiciones de Córdoba, y el intransigente alfaquí, doctor de la ley, Al Layti, un adversario que odiaba a Al Gazal por las sospechosas inclinaciones de este a las teorías religiosas llegadas de Oriente.

También sentía sobre su alma la hiel del rencor de los eunucos de palacio, como el chambelán, Naser, quien, condenado desde niño a ser solo medio hombre, no soportaba el trato amable de las favoritas y de los afeminados *hawi* hacia el embajador, así como la fascinación de Al Gazal para insinuarse en el corazón de las mujeres. Su otro rival, tan mortal como el anterior, era el también castrado Tarafa, medrador de cargos y ejecutor material de las atrocidades urdidas por la mente cruel de Naser. Su mero recuerdo le hizo removerse en el escabel.

Las cuatro hienas, guiadas por la avidez de poder, labraron su desgracia, e inclinaron la voluntad del emir, quien decretó su destierro, aprovechando su enfermedad y el turbio asunto de la conspiración contra su vida. Acusado de un delito de lesa majestad, se le condenó a la expatriación de por vida. Al Gazal había confiado en el favor del emir, pues, ¿acaso en el fiel de la balanza no debería pesar más la fidelidad que las insidias de los favoritos? Pero hubo de saborear el agrio amargor del exilio en Irak, donde permanecía desde hacía dos años, añorando las dulzuras de Córdoba. Por eso, la desconcertante comunicación de Solimán Qasim representaba para él un bálsamo y una brisa que estimulaban la ilusión por el regreso.

Con devoción llevó sus dedos hacia el pecho, donde ocultaba la llave de su mansión cordobesa, se reclinó sobre

el tronco del sicomoro y, dirigiendo sus ojos hacia la Meca, susurró, con lágrimas de resignación:

—¡Alá el Clemente, no permitas que mis ojos se cierren sin contemplar el cielo de Córdoba, la Bilad Alándalus, el paraíso de Occidente!

Sus últimos años en Bagdad, aun siendo provechosos y placenteros, habían marcado su ánimo y disminuido su fortaleza. Aquel desarraigo brutal, la eterna disputa de su inocencia y la separación de los suyos lo desalentaban hasta el punto de ansiar una muerte consoladora que extinguiera aquella tortura. Así permaneció durante un largo rato, con la mirada perdida. Pero, súbitamente, las suaves pisadas de Atiqa, su esclava y compañera de pesares, lo arrebataron del ensimismamiento.

—¿Te has quedado dormido, mi amo? —curioseó en tono lánguido.

—No, solo me he adormecido aguardando la llegada de Solimán.

Ante sí tenía al consuelo del destierro, la delicada Atiqa. Había pagado por ella en el mercado de Basora la nada despreciable cifra de tres mil dinares, colmando todas sus apetencias. Era una esclava *qiyán*, cantora y danzarina, educada en una academia de Medina con el único fin de agradar a su futuro dueño en las más sofisticadas artes amatorias, y entrenada en las disciplinas más refinadas del saber y la música. Tañía el laúd y poseía conocimientos en astronomía y literatura, las dos grandes pasiones de Al Gazal. Luego de varios meses de convivencia, sus almas habían escalado el cénit del entendimiento, rotas las barreras convencionales entre esclava y señor. Juntos pasaban las vigiliass componiendo versos y calculando tablas astrológicas, pues las veladas en la casa del apátrida Al Gazal constituían la quintaesencia del esparcimiento nocturno de los artistas de Bagdad, que consideraban un privilegio ser invitados a sus zambras, donde la esclava Atiqa componía versos con su vihuela de marfil.

—Te ha inquietado el anuncio de la visita del mercader siciliano, ¿verdad? —dijo la joven soltándose un velo con el que se cubría la faz.

—Su llegada no me ha incomodado, pero su retraso resulta inexcusable. Nuestro visitante es amigo antiguo. Pero me confunden el misterio y la urgencia. Y fruto de mis obsesiones, comienzo a especular con siniestros espantos. Ha arribado a Bagdad mucho antes de lo previsto y eso le causará cuantiosas pérdidas. Su caravana debería viajar entre Harrán y Samarra, y la noticia ha de ser extraordinaria para tal apremio. Un lazo estrechísimo me une a ese hombre, Atiqa.

—¡Es en verdad insólito que un mercader cambie su rumbo! —adujo Atiqa.

—Y más aún si pienso en las predicciones que se ciernen sobre Córdoba, anunciadoras desde hace meses de un evento aciago. A principios del mes de *muharrán*, año nuevo musulmán, me alertó un cometa espionando furtivamente las puertas del cielo que se lanzaba hacia Occidente tras un camino de llamas. El destino suele tomar complicados senderos, y esta confusión me alarma.

—¿Y crees que el anuncio del comerciante tiene algo que ver con el augurio?

—Lo ignoro, pero algún suceso trascendental que me atañe ha acontecido o acontecerá en mi tierra. Estoy seguro de ello.

—¿Grave para ti, mi amo? —se sobresaltó la esclava.

—Presiento indicios que me hacen ser moderadamente optimista. La misma noche del cometa, cuando ya me disponía a retirar los astrolabios y atacires, observé en los cielos la más enigmática luminaria que observar se pueda —confesó—. Descubrí a Suhail, la estrella roja, la luminosa señora del sur.

—¿Suhail? El Almagesto de Ptolomeo y los tratados de Malik aseguran que esa estrella solo se avista en latitudes meridionales.

—La he avistado tres veces y la reconozco. En las tres ocasiones los acontecimientos acaecidos en mi vida han sido favorables. Apareció parpadeante junto a sus compañeras de viaje celeste, las estrellas Wazn y Hadaru, de la constelación de centauro. Los astrónomos las llamamos las Perjurantes, pues su vecindad se presta a confusiones y juramos que la estrella divisada es Suhail, y no otra.

—¿Y qué interpretación le ofreces a esta aparición? —se interesó.

—Preludio de venturas. En la primera ocasión cumplía el designio de la peregrinación a la Meca en compañía de mi padre. La noche antes de partir, junto a Zemzem, la fuente de la salud, avistamos la estrella. Nos aseguró un placentero regreso. En la otra oportunidad, surgió esplendorosa en la montaña de Yabal, en Rayya, donde los estrelleros del emir determinábamos la orientación exacta de las nuevas naves de la mezquita de Córdoba. A mi vuelta, unos meses después, fui honrado con presidir la embajada a Constantinopla.

—¿Y el último avistamiento, mi señor? —lo aduló la cautiva.

—Acaeció años después, en Ishbiliya,[\[3\]](#) junto a la tienda del general Rustum, muchacha curiosa. Era la víspera de la encarnizada batalla contra los vikingos, que tantas veces has escuchado de mi boca. Jamás la vi tan fastuosa. Y en todas ellas, su visión me presagió circunstancias providenciales. Y ahora, no debe ser menos propicia. Lo presiento.

Durante un rato, entre el bordoneo de las moscas, permanecieron inmóviles con las manos entrelazadas. Atiqa le susurró seductora:

—¿Me permitirás que asista a la cita con el mercader?

—¿Quieres que mi reputación ganada en muchos años quede hecha añicos, mujer? Solimán sigue las costumbres coránicas al pie de la letra y no permitiría que una mujer

permaneciera junto a él mientras trata asuntos de negocios —se disculpó con gesto protector—. La hembra ha de mantenerse en su casa celosamente custodiada. Nuestra singular armonía no sería bien comprendida por nuestro buen amigo. Procurarás que nadie nos importune. Luego te incorporarás a la velada que amenizarán en su honor unos músicos de Ben Nasar y conoceremos las nuevas que nos trae el siciliano. Ardo en deseos de estrecharlo con mis manos.

—Te complaceré, Yahía —reprimió su confusa rabia y volvió la cara con una mueca de enfado, pues sus dotes de seducción no lo habían convencido.

Al Gazal, advirtiendo el enojo de la joven *qiyán*, la consoló paternal:

—Atiqa, recuerda aquellos versos que compuse para ti: «Atiqa, dulce como un dátil de Arabia, mi perla que solo escapa del nácar para ocultarse en su estuche dorado». Tú eres esa joya, y esta casa tu cofre protector.

Un ligero temblor la agitó y besó los labios de Al Gazal. Al poco, un criado con la cabeza agachada, como temeroso de quebrar el momento de intimidad de su señor, se detuvo y anunció:

—Mi amo, el noble Solimán Qasim de Palermo solicita ser admitido en la hospitalidad de esta casa.

—Ofrécele agua para lavarse las manos, perfuma su rostro y obséquiale con dátiles y leche. Después acompáñalo a mis habitaciones donde rezaremos la oración del *al magrib*, la de la puesta de sol, y cenaremos en el mirador —le ordenó.

Mientras el apátrida y la esclava ascendían al piso superior, les llegó confuso un rumor de voces, de chirridos de carros, el retumbar de cascos de caballerías y las pisadas de millares de camellos que circulaban por las callejuelas en dirección a los zocos y alhóndigas. Las caravanas provenientes de Catay, el país de la seda, del sultanato de Egipto, de Bujara y de Arabia, descansaban en

los caravasares de la fangosa orilla izquierda del río, que los bagdalíes llamaban «la cuna de la humanidad». Un olor a estiércol, esencias, especias, fritanga y acíbar ascendía del laberinto urbano, mezclado con las invocaciones de los almuecines convocando a la oración desde los alminares de las mezquitas de Bagdad.

En el interior de las estancias íntimas de Al Gazal reinaba el sosiego.

La luz del ocaso atravesaba las celosías, llenando las paredes de hexágonos luminosos, mientras un aroma de jazmines se colaba en la estancia. Toda la vivienda aparecía decorada según el gusto andalusí, y de las paredes colgaban espejos y tapices de seda bordada. En la habitación, donde aguardaba el exiliado, se disponían en círculo cuatro divanes de brocado atestados de cojines, rodeando una gran mesa de cedro. Del techo pendía una lámpara de bronce con vasos con aceite, que un criado encendía con un pabito, mientras otros colocaban platillos humeantes de pescados en *almory*, *sakbach* de cordero sazonado de especias y apetitosos *hashw*, hojaldres rellenos de carne de pichón, mezclados con almendras y recubiertos de miel de Judea, que hacían las delicias de su señor, regalado sibarita de la mesa.

En una fuente plateada se servían los *bilacha*, pastelillos de codorniz con canela fermentados con cidra, y aliñados con cilantro y azúcar, dispuestos en hojas de parra, que, a decir del dueño de la casa, eran el manjar preferido del invitado. Tras el diván principal se hallaban dispuestas jarras de bronce con vinos de Shiraz y Rayya, leche de camella, licor de dátiles y vasijas de cristal con *yawaris*, jarabes de membrillo y jengibre, que facilitarían la digestión de los dos comensales. Y junto a una bandeja con alcanfor para refrescar las bebidas, sobresalía una dulcera con empiñonadas de miel, moras, madroños y azufaifas que una cocinera sudanesa había preparado para aquella noche singular.

Al Gazal paseó por la estancia aguardando inquieto a su huésped, que irrumpió al poco haciendo oír su vozarrón de marino y apareciendo exultante con su soberbia cara de halcón y con su extravagante aspecto.

—*Salam*, Al Gazal. ¿Cómo se halla el más sabio viajero de Alándalus?

—*Salam aleikum*, la paz sea contigo —le saludó el anfitrión—. Me encuentro en eterno estado de ansiedad mientras no abandone estos desiertos, Solimán.

—Que el Inaccesible te bendiga y refresque tus ojos, Yahía —correspondió el mercader, entregándole un cofre y abarcándolo entre sus brazos.

—Que Él se halle en tu corazón, Solimán. Me siento honrado con tu llegada, pero no te aguardaba tan pronto —le dijo y besó tres veces sus mejillas, ofreciéndole acomodo en el diván tras desprenderse de un manto festonado de pedrerías.

—Esta vez he navegado desde Al-Mariyya[4] hasta Alejandría, y desde allí he viajado con una de mis caravanas, acortando el camino usual de Damasco y Samarra, hasta arribar a esta enloquecida ciudad —contestó excitado—. Te encuentro tan firme como un cedro del Líbano, Yahía. ¿Qué haces para no envejecer? ¿Acaso encontraste la fuente de la juventud en las estrellas, o en tus alambiques?

—Me mantienen mis desalientos, un deseo de satisfacción devoradora y la esperanza de retornar a Córdoba y besar a los míos —repuso.

El mercader enmudeció inexplicablemente. Luego, arqueó sus cejas pobladas y taladró al andalusí. Y como si atesorara un críptico secreto, manifestó severo:

—Te lo aseguro, Yahía, hoy recobrarás la fe perdida —dijo, consiguiendo que su interlocutor se intrigara más aún y soslayara el tema, atenazado por las dudas.

—¿Cómo se encuentran mis hijos y nietos, y cómo marchan los asuntos de mi casa? —se interesó emitiendo

un leve estremecimiento—. Ellos me ayudan a resistir.

—Hace unos meses pasé por Córdoba y los encontré bendecidos por la mano de Dios. En la arqueta tienes sus cartas, la de la señora Shifa y las cuentas de tus negocios. Faltan los beneficios del último cargamento de azafrán, viejo truhan. Córdoba en cambio no es la misma que dejaste, y gobiernan nuevas jerarquías —informó con júbilo sospechoso, que volvió a confundir a su interlocutor.

—¿Acaso nuestro *amir al mumin*, el señor supremo de los creyentes, Abderramán, ha sustituido al gran chambelán o a sus visires, mis letales enemigos? —inquirió con ingenuidad, intuyendo un anuncio inquietante.

—Por tu cándida pregunta deduzco que desconoces la luctuosa novedad acaecida en Alándalus, motivo de mi adelanto en arribar a Bagdad y de mi apresurado recado. Dudaba si lo sabías o no, pero ya veo que el suceso lo han silenciado en esta corte, o aún no se conoce —aseguró, y carraspeó.

Las palabras se contraían en su boca y la imaginación de Al Gazal se desbocaba. Luego se arrellanó en el diván, confesándole:

—Vivo apartado del mundo, entregado al estudio y consolado con la alquimia, pero aquí no dejo de ser un extranjero. Paladeo día a día la salmuera de un destierro estéril, y me llaman Al Gazal al Qurtubí, el cordobés, en tono burlón. Aunque, si te soy sincero, presiento algo inesperado. ¿De qué se trata, Solimán? Sácame de esta impaciencia. Solo me sostiene la fe en Alá.

El recién llegado inspeccionó su alrededor y, bajando la voz, dijo como si leyera una sura del Corán:

—Nuestro señor, el emir Abderramán II, ha muerto —afirmó.

Como un aldabonazo cayeron las palabras en el ánimo del anfitrión, y todo su cuerpo tembló, dibujándose la estupefacción en su cara. Una pesadumbre infinita lo embargó. Dejó su copa en el velador, mientras una lágrima

asomó en sus ojos. Todo su pasado se desvanecía con la trágica noticia. Desconsolado, reveló:

—¡Dios misericordioso! Yo veneré a ese hombre. Y jamás pensé que le sobreviviría. Hice muchas conjeturas con tu llegada, pero nunca esta. Y aun a pesar de condenarme al destierro, me llamó hermano y amigo, me cubrió de gloria, y confió en mí para señalados asuntos de Estado. ¿Cómo olvidarlo? Que el Eterno lo acoja en su morada. —Contuvo sus lágrimas.

—Que así sea —contestó entre dientes el mercader.

—¿Y quién se sienta en el trono de los omeyas de Córdoba? —se interesó.

—Muhamad, el príncipe matemático. El preferido de su padre, y tu amigo.

—De ningún modo imaginaba semejante desenlace —repuso Al Gazal abatido—. Sabía de sus achaques, pero no como para empujarlo a una muerte prematura.

Recobrando la serenidad, habló el comerciante:

—Ya ha llegado el momento, Yahía, de manejar tus amistades para regresar sin dilación a Córdoba. El nuevo emir, el príncipe Muhamad, siempre te honró cuando lo convocabas a las tertulias de tu casa de Al Raqaquín. Es hombre bondadoso y no dudará en ejercer la magnanimidad contigo. Tus hermanos de la sociedad de la Piedra Negra, tu hijo y tus yernos ya han dado los primeros pasos ante el *katib*, el canciller del alcázar. También tu primo Ben Wail ha elevado una súplica al soberano, rogando tu regreso. Yo por mi parte me he permitido hacer en tu nombre una generosa donación al *bait-almal*, el tesoro de las fundaciones de la mezquita, para que el cadí, su confidente más cercano, lo sugiera en los oídos del flamante soberano.

—¿Y cuando acaeció su muerte, Solimán?

—En la madrugada del miércoles al jueves, tres días después del mes de *rabí*, el tercer mes, el de la Primavera —dijo moviendo sus espantamoscas.

Por unos instantes quedaron en silencio. Al Gazal observó el rostro contraído y anguloso de su amigo, realzado por un pomposo turbante color magenta. Sus ojos garzos y nariz prominente denotaban aún una gran fuerza de temperamento.

Solimán había nacido cristiano en Sicilia, aunque el azar le había hecho abrazar el islam cuando su padre, comerciante bizantino, se convirtió a la religión de los invasores.

Se dedicó a la venta de esclavos y al traslado de los restos mortales de la aristocracia a las ciudades sagradas del islam, Medina, Jerusalén y Bagdad. ¡Nunca la muerte había sido un negocio tan provechoso!

Pronto los antiguos Kars de Bizancio trocaron su nombre armenio por el de Qasim, más acorde con la onomástica musulmana.

Muerto su padre, Solimán recaló con sus hermanos en Córdoba, convirtiéndose en el principal proveedor del alcázar y confidente del emir, sus eunucos y favoritas. Poseedor de innumerables caravanas y de una nutrida flota de galeras, había acompañado a Al Gazal en las misiones diplomáticas a El Cairo, Túnez, Palermo, al país de los francos, Bizancio y Escandinavia. Y desde que Al Gazal abandonara Córdoba, cada tres meses recibía el mitigante lenitivo de su visita, con las novedades de Occidente, y las referencias de los suyos. ¿Podía acaso no sentir por él una fraternal amistad?

Al Gazal animó a su huésped a saborear los manjares y, entre bocado y bocado, iniciaron una animada conversación. El mercader le narró las andanzas de los amigos comunes y los últimos días del emir fallecido. A una indicación del señor de la casa, uno de los fámulos penetró en la estancia con una fuente de cereales cocidos, aderezados con verdolagas, que hizo exclamar al huésped, recordando a la mula que condujo al profeta al paraíso:

—¡Por la gloria de Buraq, hace años que no degusto este manjar de mi juventud!

—Lo celebro, Solimán. Ha sido preparado en recuerdo de las fiestas celebradas juntos en otros tiempos y lugares, y que en más de una ocasión degustamos junto a Abderramán, que el Todopoderoso acoja en su santo seno. ¿Llegaste a verlo antes de morir? —le preguntó.

—Únicamente una vez, Yahía. Sabes que siempre me demostró estima. Seguí su enfermedad y desenlace, como todo el pueblo de Córdoba, con el que mantuvo hasta el final de sus días lo que Samir, el poeta, denominó la Ayyan al Arús, la irrepetible luna de miel entre unos súbditos agradecidos y un soberano piadoso y compasivo. Y, créeme, todos lloraron su muerte. Mi fuente de información, el eunuco Sadum, me aseguró que sus últimos días no fueron plácidos —le informó.

—Hubiera prestado algo de mi vida por velar su agonía —aseguró con pesar.

—Una tarde disfruté de su presencia en los miradores del alcázar y te aseguro que gozaba de gran lucidez. Se interesó por tu estado. Tras su enfermedad, cayó en profundas depresiones y permanecía preso de la camarilla del mal, esas ratas de palacio causantes de tu trágica conspiración y otras afrentas y tramas indeseables.

—A veces a la grandeza le place medirse con la vileza, y prosperan indignidades como esas, pero mis enemigos van cayendo como higos maduros de la higuera. Mas, cuéntame, Solimán, ¿qué te refirió de mí aquel día?

—No fue un encuentro grato, sino espantoso. Aquel príncipe saludable y erudito, tan admirado en Oriente y Occidente, y cuyas debilidades tú conociste entre muy pocos privilegiados, parecía un despojo humano, cómico y temeroso.

—Te escucho con interés. —Escanció en las copas el elixir.

—Pues verás. Desde un año antes de tu destierro —le narró Solimán—, y tras el complot contra su vida y tu infamante juicio, su salud se quebró en una melancolía desconsoladora. Solo recibía en el alcázar a su nieta, la hija del príncipe Muhamad, con la que pasaba largas horas componiendo poemas que luego interpretaba ante los eunucos y favoritas al recuperar ocasionalmente el vigor.

—Un hombre tan vitalista... Es difícil de aceptar, conociéndolo —repuso.

—Unas semanas antes de exhalar su último suspiro —prosiguió—, me encontraba en el alcázar con el chambelán Sadum, cuando el emir requirió a sus cortesanos a un paseo por las terrazas del palacio. «Otra vez Dios Misericordioso ha otorgado la lucidez a nuestro Señor», me comentó el eunuco alborozado. El rumor cundió de boca en boca. Acudimos presurosos hacia la galería de la Puerta de los Jardines y, en aquel soberbio mirador, aguardamos la llegada del emir. Apareció ricamente ataviado y reclinado sobre un lecho de bambú, con la esplendidez de la que él solo era capaz de rodearse. Lo aprecié delgado, y su tez bronceada destacaba por una palidez enfermiza; y la firme nariz aguileña sobresalía entre el turbante escarlata, como si del corvo pico de un neblí se tratara. Se acariciaba la barba entrecana, teñida de alheña, e inclinaba su cabeza con elegancia, pero con dificultad, ante nuestros ceremoniosos saludos.

—Siempre le entusiasmaron las apariciones solemnes, al modo de los sultanes orientales —matizó Al Gazal con tono irónico—. Aunque no era hombre de esperar la muerte plácidamente. ¡Cómo debió sufrir!

—¡Qué macabro encuentro resultó al fin! Me cuesta rememorarle —prosiguió el navarca, o armador de barcos—. Con lentitud se acercó al alféizar a admirar el paisaje, y le imitamos. Aún me parece evocar la bonanza del panorama. En aquella tarde otoñal, divisamos los oteros y campos, y el río, que parecía un tapiz de azófar extendido

sobre la campiña, camino de Sevilla. Las barquichuelas iban y venían por sus aguas con las velas traslúcidas, y de la lejanía llegaba el rumor de las norias, de los molinos y de los pastores en los huertos de Tarub.

—Cuántas veces contemplé con él ese mismo panorama —recordó Yahía.

—Nos pareció que aquel sereno cuadro alivió su aflicción y hasta alegró su corazón. Nos señaló con entusiasmo los lugares donde había competido con sus oficiales en el *sawlachan*, el juego del polo, o cazando algún ánade o jabalí. Abajo, junto al Arrecife, los servidores de palacio repartían limosnas a los pobres de los veintiún arrabales, componiendo un cuadro grato de placidez, compasión y regocijo. Departió con afabilidad con algunos de nosotros, rio con sus hijos, nietos y eunucos y bromeó con el cadí, Ibn Habib, tu valedor y maestro. Al llegar a mí, le besé la mano y me preguntó por mis hermanos y por tu bienestar.

—¿Y qué deseaba conocer de mí, Solimán? ¿Quizá interesarse por mi infortunio, cuando estaba en su mano modificar mi suerte? —se lamentó.

—Escucha. «Amigo Qasim», dijo golpeándome el hombro y con sus ojos delirantes por la fiebre, «sé que ves con frecuencia a Al Gazal, cuya presencia echo de menos. Conozco sus éxitos poéticos y proféticos entre eruditos bagdadíes, y espero que haya recapacitado en su error. No nos alegraron sus últimas conductas y su contumaz inclinación a rodearse de ideas heréticas que enojan a Dios, aunque nunca lo he creído capaz de traicionar a su emir. Muchos hombres justos reclaman su repatriación a Córdoba, de modo que para la próxima Asura, la Fiesta del Ayuno, trataremos del asunto de su regreso. Es una cuestión de conciencia, y queremos a esa sabia “gacela” retozando por entre estos jardines. Transmítele mis bendiciones y dile que se ejercite en las refinadas costumbres de la corte de Bagdad. Antes de que el

Clemente nos llame a ambos a su comparecencia, hemos de vernos».

—¡Cómo me atormentan todas estas cosas! —lo interrumpió.

—«Os lo puedo asegurar, mi piadoso señor», le contesté yo, «Al Gazal siempre os fue leal. Os lo demostró con una vida dedicada al Estado y a la propagación del islam, y os lo probará el día que lo reclaméis a vuestra presencia». Y te garantizo que su semblante mostró una conformidad conmovedora. Era como si hubiera intuido de golpe su error y anhelara verte antes de morir.

Al Gazal percibió un escalofrío recorrer su piel.

—Lo creo, Solimán. Tu relato me ha ablandado, cuando creía haber secado la fluencia de mis lágrimas hacía ya tiempo —contestó con los ojos acuosos—. ¿Pero fue necesario tanto dolor para mi familia y para mí?

—Repentinamente —reanudó el relato el mercader—, el emir, agotado, dejó de contemplar la panorámica de las sierras y se fijó en el Yabal al Arus, el monte de la Novia, donde competía en el juego de las seis cañas que tanto le agradaba. Luego se volvió y paseó la vista por la ciudad, que febril vivía las últimas horas del día. Decenas de viandantes y bestias deambulaban por la alcaicería y los zocos de la medina, mientras otros se lavaban en la fuente de la Puerta de Oriente antes de acceder a la aljama.

—Bien me parece estar ahora mismo allí, amigo mío —le confesó Yahía.

—Recuerdo que un sol azafranado amarilleaba las azoteas y las cúpulas de los alminares cuando Abderramán clavó su mirada doliente en el arrabal de Secunda, el que su padre mandó arrasar en el levantamiento de los artesanos y mercaderes. Parecía como si a su mente afloraran los fantasmagóricos espectros de los crucificados, y evocara sin desearlo los gritos de muerte de aquella gente indefensa, los alaridos de los muchachos castrados,

los lamentos de las mujeres violadas y el espanto de la destrucción.

—Fue un episodio deplorable que él llevó sobre su conciencia, cuando fue su padre Al Hakán el responsable —intervino Al Gazal—. Yo fui testigo del suceso y reparé en el abatimiento del entonces príncipe Abderramán tras la matanza. Él intentó mitigar el error cometido por el emir, adoptando a varios jóvenes que fueron castrados aquel día, empleándolos como secretarios.

—El caso es que, Yahía, y aquí acaeció lo sorprendente —dijo con semblante apesadumbrado—, ante la estupefacción de todos, el soberano frunció el ceño y cayó en un mutismo insondable con el semblante apenado. Apretó sus puños y clavó sus manos con fuerza en la almena, e inclinando sus rodillas en tierra, suplicó lastimero entre sollozos: «Dios misericordioso, ¡qué fatigosa es la tarea de gobernar un pueblo! Perdona los errores de tu siervo, que solo pretendió cumplir con tus mandatos. *Qurtuba, um al madain*, Córdoba, madre de las ciudades, ten piedad del más humilde de tus hijos». Y lloró con el rostro entre sus manos, en medio de un silencio estremecedor.

—Triste ceremonia para concluir un reinado tan próspero. Lamento que el mal lo turbara hasta tal punto, y siento como mío el pesar de este hombre de vida tan honrosa.

—Aquel crepúsculo, preludio de su fin cercano, jamás podré olvidarlo. De repente comprendí la despiadada soledad en que quedan los hombres ante la muerte. Y ya no tendría otro momento más de lucidez. Cayó luego con sus pulsos debilitados en una profunda postración que lo condujo a la muerte —concluyó el mercader degustando una copa de néctar de dátiles y áloe.

—Este *nabidh* es exquisito, Yahía —dijo para romper la nostalgia.

—¿Y no puede ser que hubieran intentado de nuevo envenenarlo, Solimán? —insistió interesado Al Gazal—. Es

práctica acostumbrada en el alcázar.

—No puedo asegurártelo, pero el día antes del óbito corrió una noticia por Córdoba. El emir había recobrado la consciencia, ordenando que lo acicalaran, tiñeran su barba y cabellos y le trasladaran del ropero real, el Al Rachif, el atuendo de las grandes celebraciones, pues deseaba dar otro paseo por los miradores, subido en el sillón regio de Maylis. Pero todo fue un espejismo. Le sobrevinieron unos repentinos vómitos y, entre delirios y desvanecimientos, se postró en el lecho. Todo lo que antes había sido júbilo en el alcázar se trocó en tristeza, y los eunucos y esposas se turnaron junto al lecho velando la agonía del rey moribundo.

—Que, sin duda alguna, aprovecharían para urdir alguna nueva trama contra la voluntad de su emir moribundo —terció el diplomático.

—Así fue, Al Gazal, y compruebo como aún no has olvidado las insidiosas prácticas de la alcazaba. En las últimas horas jugaron fuerte los partidarios del primogénito Muhamad contra los del hijo de la favorita, el sanguinario príncipe Abdalá. Nadie se atrevía a tomar ni un sorbo de agua ni un bocado de pan proveniente de las cocinas palaciegas. Tras la oración de la puesta de sol se agravó su estado, entrando en una dolorosa agonía. Pidió desesperado una jofaina y vomitó sangre por la boca a chorros. Las náuseas sanguinolentas le repitieron a lo largo de la vigilia, hasta que, por fin exhausto, emitió el último suspiro en brazos del eunuco Sadum, compareciendo ante el Eterno en la vela del miércoles al jueves. Palideció como un lucero, apagado por la mirada inexorable de Alá.

—Cortejó a la muerte durante años, esquivando tramas y conspiraciones, y *Lafiza nafasa-hu*, entregó su alma a Dios por la boca, ¿no? —apuntó el anfitrión, repitiendo un dicho popular muy utilizado por el populacho cordobés.

—Sea ensalzado el nombre de Abderramán eternamente —dijo Solimán.

—¿Pronunció Muhamad la elegía fúnebre? —se interesó Al Gazal.

—Sí. La declamó con profunda afectación ante el féretro de su padre, el mismo jueves, en el Salón del Olmo del alcázar, cubierto de tapices y crespones. Allí recibió el último homenaje de la familia omeya, de los cortesanos y de la *uma* de Córdoba, en una mañana amparada por un cielo ceniciento que parecía sumarse al luctuoso acontecimiento. Únicamente los sollozos de los castrados, y el monótono fluir de las acequias, rompían el grave momento, cuando el gran chambelán inhumó sus restos entre el reloj floral y los granados de safar, en la Rawda, el panteón de los emires del alcázar, cerca de las tumbas de sus hermanos Mugira y Umaiya. Muhamad situó sobre sus restos una estela mortuoria con el lema que pregonó en su anillo, en las flámulas de guerra y en las estelas del reino.

—«Abderramán se complace con el mandato de Alá» —repuso Al Gazal—. ¿Y los deudos vestían de negro, o de blanco, Solimán?

—De negro riguroso y con turbantes orientales.

—Me causa vergüenza expresarlo. ¡Odioso figurín de corte ese Ziriyab! Yo hubiera vestido mi túnica blanca, como siempre hicimos los andalusíes —respondió irritado—. Abderramán II ha sido el primer emir de Córdoba despedido por una cohorte de tenebrosas túnicas negras, cuando Alándalus siempre ha sido claridad y esplendor, y no oscuridad y tinieblas, impuestas por ese músico. ¡Lamentable!

—Tu desprecio hacia esa ralea no ha disminuido ni con el tiempo ni con la distancia. Olvida el pasado, Yahía, ¡tu estrella no se ha eclipsado aún!

Concluida la cena, Al Gazal invitó a su huésped a contemplar la ciudad. Entreabrió los postigos y de las umbrías ascendieron los efluvios de los azahares, que, en la oscuridad, brillaban con la presencia de una luna clara y rotunda. Millares de luminarias delataban la vida en las

terrazas, cúpulas y palacetes de la capital de los abasíes, y en la lejanía, las siluetas de los oasis bañados por el Tigris.

—Ahí tienes, Solimán, la ciudad de la paz. Con las travesías de sus ríos confluyendo como mansas lenguas en la gran mezquita. He atravesado el océano para enterrar mi desesperación en esta colosal calabaza surgida de las ruinas de Babilonia, guardesa de los antiguos secretos del firmamento, y para mí la urbe de la desdicha, pues no hay castigo peor que el del destierro, créeme. Malograr la hacienda, perder un amigo o un ser querido no es nada comparable con renunciar por la fuerza a tus raíces. Sientes la carencia de un suelo para morir, condenado a vagar por la eternidad. Por eso tu mensaje ha colmado de certezas a este hombre desalentado.

El navarca estrechó su brazo y añadió:

—Escucha, Yahía, la esperanza nos une hoy. El próximo Ramadán, para la fiesta de la Ruptura del Ayuno, si el Misericordioso no tuerce sus designios, tú y yo oraremos juntos en la aljama de Córdoba, en la noche de las luminarias, y Solimán Qasim nunca se equivoca en sus instintos.

—Que Alá así lo determine, mi buen amigo.

De repente y de una de las estancias contiguas, les llegó una susurrante voz que iba creciendo, acompañada por el tañido del laúd. Ambos prestaron atención a la melodía entonada por Atiqa, que rememoraba las penurias del exilio de su amo: «Todo lo olvidaré menos aquella aurora, y cómo se desgarraban los velos en el tumulto de la despedida. Se alejó el navío, como una caravana que el camellero arrea con su tonada. ¡Y cuántas lágrimas sucumbían en las aguas! Pero el horizonte está despejado y nos muestra su faz serena. Vuela al fin, Al Gazal, a tu Alándalus deseado».

Solimán la buscó con su ansiosa mirada sin hallarla.

—Que el canto de esa *qiyán* sea el augurio de tu regreso, amigo Yahía.

Al Gazal cerró los ojos y se sumió en una insondable cavilación. Luego habló:

—Algunas señales así parecen anunciarlo, pero si el nuevo emir sucumbe bajo el influjo de algún eunuco, como el impío Tarafa, o de mi declarado enemigo Al Layti, jamás firmará el decreto de mi retorno, por muy concluyentes pruebas que presentemos. Siempre defendí la proclamación de Muhamad como emir, aunque, si te soy sincero, aún no comprendo cómo pudieron ungirlo poseyendo todo en contra. Eran inquietantes el poder y la influencia de los partidarios de Abdalá.

—No desconfíes de ese muchacho y gran matemático. Se ha rodeado de visires y cadíes justos. La suerte de Muhamad se decidió aquella vigilia, entre asombrosas intrigas. ¡Y más bien parece una fábula de las que se narran en los zocos! —adujo.

—Presiento que tú la conoces, mi avisado Solimán. Tienes orejas de zorro.

—Así es Yahía. Te lo relataré, viejo bribón —se chanceó, y le sonrió—. Al morir el emir, Sadum, único mayordomo presente, silenció el óbito, y valiéndose de una artimaña audaz, consiguió engañar a toda la corte. Disfrazó de doncella al príncipe Muhamad, simulando ser su propia hija, la nieta predilecta de Abderramán, que se disponía a escuchar poemas de su abuelo. De modo que, sin despertar recelos entre la guardia, lo condujo al Salón Kamil, donde Muhamad se despojó de su femenino disfraz, siendo proclamado sultán por los castrados más influyentes y la guardia palatina de los *jurs*. Con las primeras luces fueron convocados los nobles *quraixies*, los visires y cadíes, y el guardián del sello le entregó el anillo y el báculo de bambú de los omeyas, besando sus manos como nuevo emir. Cuando quisieron reaccionar sus enemigos, que son los tuyos, Tarub, Tarafa y Al Layti, era demasiado tarde. Habrías de haberlos visto. Se mordían las manos, y sus caras se mostraban rojas de ira.

Al Gazal soltó una carcajada y afirmó con una sonrisa sardónica:

—Años enteros conspirando, muertes y sangre, oscuros asesinatos, tramas diabólicas, para al fin ser engañados por un anciano castrado y un muchacho algebrista y piadoso vestido de damisela. Qué caprichoso es el destino.

—Pues se ha ganado con su generosidad y prudencia las adhesiones de toda la *uma*, y de los poderosos, perdonando a cuantos lo combatieron siendo príncipe.

Al Gazal rio, como si le hubiera puesto delante un plato de gusto.

—¡Ese testimonio tiene que ser celebrado como merece, Solimán! Subamos al mirador y gocemos de unos admirables músicos. También degustaremos un sirope que conduce los sentidos a mundos incógnitos. La fórmula de su composición con estambres traídos de la India me la reveló un obispo cristiano de Bizancio. Él la llamaba filtro de Mitrídates, y es la panacea para el desaliento. Después, podrás elegir a tu antojo a la esclava que desees, o uno de los concertistas, que pronto adivinarás son *mujannath*, afeminados profesionales —lo invitó el anfitrión, que le ofreció un aguamanil con agua de rosas.

—¡Vayamos! También te he traído, conociendo tus gustos, un costoso afrodisíaco reservado a reyes. En el mercado de Basora puede valer más de doscientos dinares —sonrió alargando un frasco azulado que contenía agóloco indio y algunas gotas del apreciado áloe de Socotora, infalible en el tálamo.

—Tus regalos siempre me son gratos y oportunos, Solimán. Pasemos y deleitémonos con la noche —repuso, dejando al descubierto su dentadura y los hoyuelos que hacían de su risa un ofuscador atractivo.

—Y bien, Yahía, ¿me ofrecerás después un rincón en tu almunia donde pueda desenrollar mi estera, rezar y conciliar un sueño?

—Eres mi huésped y mi amigo y esta noche dormirás entre mullidos almohadones y caderas de hermosas huríes. —Lo miró con picardía.

La luna se ocultó tras la silueta de unos cipreses, cuando el siciliano y el andalusí penetraron en la habitación donde unos músicos de pelo ensortijado y los ojos sombreados rasgaban sus instrumentos. La luz de un candelero alumbraba la estancia, en la que un pebetero dejaba escapar emanaciones de almizcle. Alfombras y cofres de cedro la decoraban, proporcionando una atmósfera de verdadera distinción.

Cuando los dos hombres se reclinaron sobre los almohadones, tres esclavas, ocultos sus rostros con ligeros velos, les ofrecieron unas copas de sirope. Luego los descalzaron, destapando con sensualidad sus rostros, muslos y grávidos senos, mientras hacían sonar en una lujuriosa danza las ajorcas y se soltaban los cabellos, delicadamente recogidos con lazos de perlas. Las danzarinas, perfumadas con tintura de azafrán y con sus ojos pincelados de cianea, se aromaban los brazos y vientre con esencias de mirra, que arrojaron a los varones. Cuando se acercaron, un aroma penetrante a nardos les llegó diáfano, despertando sus más viriles instintos.

—He recorrido el mundo entero, y en contadas ocasiones contemplé criaturas tan hermosas, viejo zorro —exclamó Solimán enardecido.

Al poco la familiaridad creció, y cediendo al influjo de la canción y al néctar del hipnótico, se entregaron a una sensación de abandono y sus mentes vagaron en la ausencia. Las esclavas los acariciaban, conduciéndolos a un éxtasis tumultuoso. Vibraban sus cuerpos, y los hombres recorrían con avidez los senos turgentes, las caderas y los sedosos sexos de las cortesanas, y el vértigo de la pasión los sacudió. En la estancia, entre el susurro de los besos, entremezclados con gemidos de placer, las jóvenes se

ofrecieron a los dos amantes, tan experimentados como apasionados, hasta culminar el más exquisito de los éxtasis.

Luego, Atiqa apareció en la estancia ataviada con velos transparentes, agitando su rebosante cuerpo, y sumándose al gozo que vivían los dos hombres y las esclavas. Al tiempo que la noche avanzaba, Al Gazal, enardecido por la excitación, se entregó a las tersuras de Atiqa, y fundidos en un ardiente abrazo, la poseyó, mientras la *qiyán* gemía, vencida por sus delicadas artes de amar. Gradualmente, una confusión de cuerpos sudorosos se mezclaba entrelazada sobre los divanes. La música había cesado y solo la respiración entrecortada, el susurro del sueño y los suspiros resonaban en la terraza, que se cubría con el fresco légamo del alba.

Las primeras luces, los cantos de los gallos y el olor de los cinamomos ascendieron de los huertos del Tigris, saturando con sus fragancias la tibieza de la mañana. Al Gazal y Solimán, soñolientos, abandonaron la estancia mientras los demás dormían y se entregaron a un baño reparador. Luego se postraron en tierra para orar y tomaron un refrigerio bajo las parras de un patio interior. Pronto comenzaría en Bagdad el trajín de las caravanas camino de Armenia, Qayrawán, la India y el Pérsico, llenando la ciudad de sus vitales latidos cotidianos. Bajo el verdor de los pámpanos y los racimos de uvas, tomaron leche, dátiles y gajos de melón almibarado. Aún soñando con los placeres de la noche, preguntó el astrónomo a un complacido huésped:

—¿Cuándo partes para Córdoba, Solimán?

—En seis o siete semanas. He de gestionar antes un negocio en Basora. Cuando arribe la caravana de Harrán, partiré con ellos —dijo perezoso.

—Para entonces tendré preparada la carta de petición de gracia y el relato manuscrito de mis servicios a la causa omeya, desgranando las maquinaciones y vejaciones que llevaron a la tumba a Abderramán. ¿Los harás llegar al cadí